



EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60.
Apartado 547.—Teléfono 1843

SUMARIO

- UN PEQUEÑO REPORTER
Sección vermouth.
- JUAN PÉREZ ZÚÑIGA
Sucedido...
- JOSÉ MOREIRA
Noches de verano.
- VICENTE DE BURGOS
Chispazos.
- FELIX RECIO
Historia muy real.
- JACINTO CARMIN
Las deudas.
- LUIS MORO
Toquecitos.
- CLEMENTE DE CASTRO
La inocencia de las mujeres.
- FERNANDO AMADO
Amores y amoríos.
- J. OLIVA
Diálogos galantes.
- EL DOCTOR BOMBARDA
Cositas.
- TOVAR
y DEMETRIO
- Varios dibujos y retrato de
«Las Napolitanas».

LAS
NAPOLITANAS
¡Flores de varietés!..



5 cénts.

SECCION VERMOUTH

La semanita ha sido de lo más soporífera que puede imaginarse. Ni una crisis ministerial, ni un nuevo discurso de D. Melquiades, ni siquiera un triple asesinato con descuartizamiento y todo, para que se nos ponga la carne de gallina leyendo los interesantes detalles del picadillo.

Estos días los estamos dedicando a las despedidas, y los únicos que trabajan como fieras son los almibarados cronistas de salones que no dan paz a la pluma y al bombo, poniendo en conocimiento del público la salida de la de López y la no menos salida de la de Ruiz. En esta época todas son salidas, yo no sé si efecto del calor a consecuencia del resurgir de las luchas greco-romanas que enardece a las señoras, mucho más que a los caballeros, porque estos van a presenciar estos espectáculos por la parte de destreza y arte que puedan

tener, y aquellos acuden para presenciarlo desde el punto de vista de la plasticidad masculina, que con esos tios de tantos kilos de peso es mucho masculina que en la que más lo sea del sexo oficialmente débil, porque hay sexos de esos que no los rinde ni un escuadrón de caballería con caballos y todo.

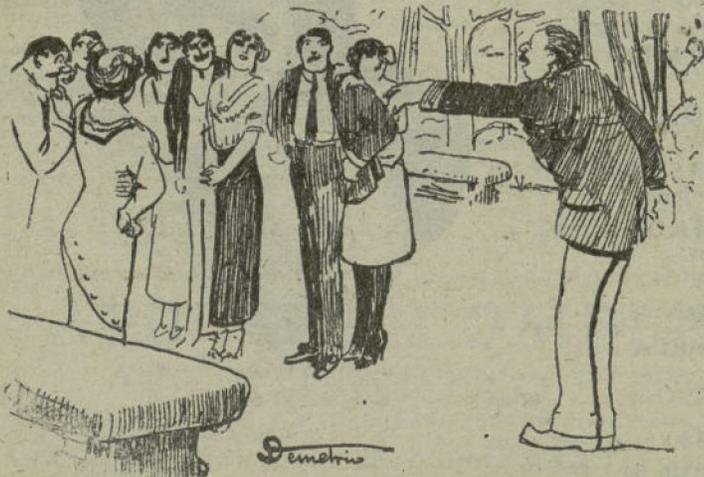
Sí, lectores, se ha vuelto a despertar una frenética afición a la lucha de gladiadores ni más ni menos que si hubiésemos retrocedido a los venturosos tiempos en que las romanas caprichosas iban al coso a ofrecer su flor perfumada, como símbolo de ulteriores y comprensibles consecuencias, al bestia que antes despanzurra a su contrario.

Las romanas de hoy, si bien son tan caprichosas como las contemporáneas del César Nerón (y acaso más, porque de entonces a acá hay una de refinamientos que

no tiene fin), no van al coso por la cosa, que es lo fundamental, ni dan su flor, así de rositas, porque si bien les agrada el César, tienen mucho miedo a la operación cesárea. Y se explica el recelo al enterarse de que cada uno de esos barbarotes tiene un peso de ciento cincuenta a ciento ochenta kilos, y la cabeza libre, porque esta queda fuera de peso y se puede jugar libremente.

Claro es que

LAS MAÑANAS DEL RETIRO



E'l organizador.—Para este juego es preciso que todas las pollas estén a la derecha.

esto es más aparatoso que real, por aquello de: «largo, largo, largo y maldito lo que valgo», ó aquello otro que los viejos madrileños aplicaban á la derribada casa de Astrar-na: «Mucha fachada y poco fondo». Así se explica que al curar días atrás al famoso luchador Apollón porque el muy bárbaro se empeño en parar la marcha de dos automóviles en dirección contraria, vieron los médicos que no justificaba ni mucho menos el apellido, y que cualquier pollo escuálido tenía mucho más derecho á usarlo que él.

Y por si este ejemplo no es suficiente, como le pasa á Apollón, véase el no menos reciente del célebre negro Jackson, campeón invencible de norte América, que ha tenido que huir vergonzosamente, porque se probó que se dedica á la trata de blancas, ni más ni menos que una celestina de menor cuantía.

Sin embargo, las mujeres, por temperamento ó por ignorancia se suelen fiar más del bulto que de la verdad contenida en las apariencias externas, sin caer en la cuenta de que así como hay rellenos para las pontorrillas y otros sitios, los hay también para otras partes y más abundantes, para las de los luchadores, que tienen que ir armados para que la figura no resulte antiestética.

Con todo, ello es que las expectoras son más que los espectadores, y que la mayoría de ellas no quitan ojo ni gemelo, ni imperitante de los recios miembros y de los férreos músculos de esos sujetos que se ganan la vida golpeándose, aunque fuera del momento de la lucha no pueden dar ni dos golpes seguidos.

Y luego, ¡qué nombrecitos se traen los apreciados socios!

Etzekondo, Nitschke Kewatski, Mamudoff, Stalling, Margalan, Mikalowitch, Eberle, Roland, Madralink, Sreng... Y que gastan unas estaturas y unos cogotes y unos bípces... que ni los vicepresidente del Atletuy Club

Si á mí me coge Kewtz Ki, pongo por salvaje. ¡que es un gachó que hay de Eberlel aunque yo sea Maxgalán que él, me suelta un Streng, como para dar un Stalling de gusto, y sin saber Etz Kondo (ni etc-cuando) salgo Roland. o, y seguramente «Nitseke me pase» pero que me hará el efecto de que me Mamudoff al otro barrio y será cosa que al reponerse exclame como poseído de justa indignación:

—¡Mikalowitch en su Madralink; so beudínol

Y en el acto se tira de Browing, y ante una de esas amigas, ni el propio Hércules se andaría con browingtas, porque tiran á dar que es una delicia.

De manera que ya lo saben las dignas y suculentas espectadoras.

No se esfuerce en fijar sus lindos ojos y sus coquetones impertinentes en esas moles de carne desnuda que se les ofrece en los escenarios.

Por regla general, ó son como el atleta negro, tratantes en blancas, ó les pasa lo que Apollón que no tiene más que el apellido.

Un pequeño REPORTER



—Pues sí, chica; de ver trabajar á Ricardo estoy enseñándome á ser escultora.

—¡Ay, qué bien! Porque me vas á hacer un busto.

—No, rica; hasta ahora solo he aprendido á hacer cabrititos como este.

SUCEDIDO...

Solo en mi hogar observando
voy las cuentas aprendiendo;
pues me las van enseñando
mi avaro suegro *sumando*,
mi sirvienta *sustrayendo*,
mi mujer *multiplicando*
y mi suegra *dividiendo*
nuestra paz de vez en cuando.

Juan Pérez ZÚÑIGA

◆ Noches de verano

El verano es indiscreto. Durante estas noches bochornosas de Julio, el calor entreabre los corpiños, desnudando gargantas, abriendo puertas, dejando entornadas las ventanas que el pudor aconseja tener bien cerradas.

Yo, generalmente, después de cenar, no salgo, á no ser que algún acontecimiento importante (*rara avis*) me obligue á vestir el frac. De modo que, tras el último sorbo de café, enciendo un cigarrillo, me asomo al balcón de mi despacho y allí, bajo el cielo, que con su silencio y majestad ayu-

sin encajes, camisa honrada, larga y ancha que la llega á los pies.. Son infinitas las operaciones que realiza antes de acostarse: destapa la tinaja y bebe agua metiendo la nariz dentro de un gran jarro de lata; limpia con un trapo húmedo los azulejos que rodean el fogón; se acerca á la cómoda y junto á la luz del quinqué se arregla las uñas; después viene á la ventana, en donde tiene un grillo y dos tiestos de claveles; en seguida se dirige á la alcoba... y yo la sigo con los ojos hasta que su cuerpo, alto y robusto, desaparece en las tinieblas del dormitorio.

En el piso inferior de la misma casa vive

un matrimonio pobre con cuatro hijos, el mayor de seis años.

El marido acostumbra á comer el postre sentado en una sillita baja, delante del balcón: sus actitudes traicionan una gran fatiga; se sienta con los pies muy abiertos y los codos apoyados sobre las rodillas; y come despacio, con una especie de voluptuosidad glotona que excita el apetito,



La señora (aterrada).—Bañero, ¿un pulpol [que veo un pulpol]

El bañero.—Señora, no podemos hacer distinción. Todé el mundo tiene derecho á bañarse.

da á pensar, recompongo los acontecimientos más notables del día, evoco añejos recuerdos y preparo los argumentos de estas desdichadas crónicas mías.

Desde mi observatorio se atalayan escenas muy curiosas. Yo vivo en un piso tercero y la casa frontera á la mía es muy bajita, de suerte que una de sus buhardillas está en frente de mi balcón y á la misma altura.

Allí vive una anciana con su hija, que es planchadora. El cuarto consta de dos habitaciones; las paredes están desnudas; sobre una cómoda hay un quinqué que alumbré la escena. La joven se acuesta inmediatamente después de comer: tiene la costumbre de desnudarse en la habitación delantera ó gabinete, y yo la veo ir y venir, primero sin corpiño, luego con enaguas y corsé, después en camisa; camisa

como hombre que sabe el trabajo que le cuesta ganar aquello que está comiendo. Entre tanto, la mujer lucha con los chicos que lloran y ríen y corren en pelota alrededor de la mesa sin querer acostarse.

La casa inmediata la habita gente rica.

En el piso principal vive ó medio vive, un anciano paralítico que tiene dos criados á su servicio: éstos son los que le dan de comer, los que le desnudan, los que empujan hasta el balcón el sillón del amo. La cabeza del enfermo es fuerte y noble.

El piso segundo lo ocupa un muchacho soltero que estrena un pantalón cada cinco días, y que raras son las noches en que no recibe la visita de alguna mujercita elegante... La coquetería de aquel mozo presumido que echa en acicalarse más de una hora, y la indiferencia del viejo paralítico que tiene que dejarse desnudar, es

todo un poema... Estos secretillos los atiboro yo desde mi balcón, creyendo que nadie me ve. En seguida enciendo otro cigarrillo y me siento á escribir, después me acuesto.. Y, ¡naturalmente! me acuesto con luz, sin pensar en la ley de las represalias. A noche una vecina me dijo:

—¡Vaya, don José!... ¿Quién iba á creer



—Mira riquín, me tienes muy disgustada, ¿sabes? porque ya te vas pareciendo á algunos hombres... y muerdes.

que usted, un hombre tan elegante, use gorros de dormir?

—¡Democio!... Pues, sí, en efecto, los uso. Pero usted, ¿cómo sabe?...

—Porque le veo á usted acostarse todas las noches desde la ventana de mi cuarto... Y sé también que lleva usted tirantes y calzoncillos de color.

¡Pensé morir!...

José MOREIRA

CHISPAZOS

A un actor, dijo Luz Grama:

—Estoy terminando un drama, mas, no sé á quién lo daré.

Y él respondió: —Usted me llama, que ya se lo estrenaré.

::

Que reza mucho, dice la gente del respetable don Trinitario; versión que nadie nunca desmiente... ¡por algo duerme con su rosario!

::

Tres novias se echó Benítez, mas las dejó... ilusionadas; y ahora dicen vengativas: —¡Ese no llega á la cuarta!

Vicente de BURGOS



Ella (forcejeando) —¡Suelta, hombre, suelta!
E. — ¡Mujer! Para una vez que me pongo así...

Historia muy real

¡Qué lance más bonito para contado, dando nombres y señas! Arturo Santamaría (y donde dice Santamaría léase el nombre de un político muy amigo de Maura y nada santo) comienza a lanzarse al mundo, dispuesto á hacerle suyo. Su padre le ha ofrecido ya un acta de diputado; le ha proporcionado una novia rica, y la amistad preciada de Juan Belmonte, y comienza á dejarle salir de noche...

en cuanto me arrimo á unas faldas y que... ¡francamente, yo no he hecho nunca el amor!

—¿Y por eso te apuras?

—Claro que sí...

—Pues nada más sencillo de evitar. En vez de hacer el amor... ¡pues!... ¡lo compras hecho!

—Pero ¿eso es posible?

—Y no sólo posible, sino vulgar, vulgarísimo, cosa corriente...

—¡Ave María!...

—Yo mismo, si tú quieres, puedo hacerte el corretaje...

—Hombre... tú...

—¿Crees que me rebajo por ello?... No, hombre, no... Esto entre amigos es moneda que pasa todos los días... Hoy por ti, mañana por mí... Nada... no hay que hablar más... Esta noche te lanzas. ¡Valiente juerguecita vas á correr!... Y todo gracias á mí... Ya verás... Nos citaremos en Niza, yo llevo á tu... es decir, á mí... es decir, á nuestra conquista: le hablo, la convengo, la dispongo á tu favor, te la preparo, en una palabra, y cuando ya esté á punto de caramelo, te la entrego y punto concluido. ¿Qué te parece?

—Trato hecho... ¡Plan admirable!... Ya sabía yo que podía confiar en tu ingenio. Esta noche, ¡la corrol!

CONFIDENCIA



—Estoy sumida en un mar de confusiones. Luis es joven, guapo y le quiero mucho, pero no tiene dinero, y don Pío es viejo y feo y tiene unos caprichitos especiales, pero es riquísimo. Y aquí me tienes que no sé qué camino tomar.

—Pues hija, yo en tu caso, tomaba por el recto.

Pero Arturo, que está poco entrenado en las andanzas nocharnegas, se confunde. y noches atrás fué á ver á Julio G., periodista muy revoltoso que tiene tantas amiguitas guapas y alegres, como pelos en la cabeza.

—Vengo á pedirte un favor, querido Julio —dijole al periodista el futuro diputado.

—¡Hola, Arturito!, dispón lo que gustes.

—Pues bien, en confianza... ¡quiero correrla!

—¡Admirable! Cuenta conmigo.

—Precisamente por eso he querido verte. Tú ya sabes que yo soy muy corto de genio, que no he tratado más mujeres que mi madre y mis hermanas; que me corto

Arturo fué puntual en el restaurant. Pero más lo fué Julio y su conquista adorada, una mujer deliciosa, de blancas carnes, pelo dorado y abundantes formas. Una real moza á la que Julio trataba íntimamente y desde larga fecha.

El día de aquella noche fué á buscarla, diciéndola:

—Te preparo una gran sorpresa, para después de cenar... conque ¡vamos andando!

En un cuartito reservado de la Bombilla los amantes tórtolos abusaron de lo lindo de la comida, la bebida y las caricias, que resultaban el plato más sabroso del improvisado menú, con gran envidia del patillado camarero que se relamía de gusto ante



—Mira que si luchase yo con Octava, ¡ay!, me rendiría en seguida.

aquella mujer, aquella escena y la propina esperada.

—Más ostras... más pepinillos... más Jerez... más Champagne... gritaba él.

—Pero...

—Nada: quiero prepararte bien para la sorpresa anunciada.

Mientras que esta escena se desarrolla en el comedorcito reservado, en un salón de descanso, Arturito se deshacía impaciente, nervioso, agitado y convulso, esperando la hora feliz en que su amigo le hiciera entrega de la conquista.

Llevaba dos horas allí, verdaderamente mortales.

Pero todo llega en este mundo, y llegó el momento en que Julio dejó á su compañera:

—Aguédate aquí un momento. En seguida vuelvo y.. volvió las espaldas, diciendo al camarero:

—Pepe, á ese señorito que espera en el salón, que ya puede pasar... ¡Ah! y á la señorita la entregas la carta esta.

Y desapareció, fumándose un hermoso Bismarck.

❖

El camarero dijo al desgraciado Arturo:

—Señorito: ya está todo listo y no tiene

que hacer más que pagar la cuenta treinta y dos pesetas — y entrar en el cuarto.

No sin sorpresa y disgusto pagó la cena que no había probado y entró en el momento en que la bella y desconocida mujer leía con estupor lo siguiente:

«La sorpresa que te preparaba ahí está: permito á mi amigo Arturo Santamaría que me substituya esta noche á tu lado. Julio».

Arturo, al penetrar en aquel cuarto, quiso, lleno de pasión salvaje, arrojarle, besar, estrujar contra su pecho á la hermosa desconocida; pero ella, pudorosa, se ocultó el rostro, le rechazó esquivo y después de una breve lucha sin palabras, desapareció de allí, dejando al pobre comprador de amor, descorazonado y rabioso.

❖

Al día siguiente, Julio recibió esta carta:

«Eres un granuja, que has estado á punto de comprometerme. Tu acción de anoche es indigna. Arturo Santamaría es mi prometido y me casaré con él dentro de pocos días. El no me conoce... ¡gracias á eso!... Es cosa de sus padres y los míos. Otra vez ten más cuidado con los substitutos que eliges.»

FÉLIX RECIO



Una.—¿Has visto en el barracón de la verbena «la bestia desconocida?»

La otra.—Para bestia desconocida la que me enseñó Luis en la Moncloa; ¡qué bestial!

Las deudas Hace unos cuantos días, marchó á Córdoba mi amigo Enrique Romero de Torres, y con el poco grato motivo de la despedida la estación de Atocha vióse á la hora de partir el tren plena de chicas guapas de lo más saliente de nuestro patriciado trasnochador y revoltoso.

Yo también acudí á despedir á Enrique Romero, que tiene por partes iguales mi admiración y mi cariño, y, ¡oh, casualidad!, en el mismo tren que mi ilustre amigo marchaba, pero solo, José Antonio D., que como ahora Enrique, fué algún día saltador contumaz de corazones femeninos.

¡Pobre Juan Antonio! Ya, achacoso, reumático aun en estos meses ardorosos del estío, casi pobre, nadie le despide ni le mira. ¡Y, sin embargo, si él se decidiese á escribir su vidal...

José Antonio estuvo enamorado perdidamente durante estos dos últimos años, de una francesita que solía frecuentar las tertulias que la alegre juventud madrileña forma en Fornos á «última hora»: una mujer arquetipo de las conquistas de don Juan Belmonte: alta, delgada, nerviosa, con el expresivo semblante cubierto por un casco de cabellos rojos.

D. se equivocó de un modo lamentable, como hubiera podido engañarse cualquier estudiantillo inexperto, acerca del carácter y costumbres de Gabriela: creyó

habérselas con una muchacha inocentona, sin doblez, desinteresada; un corazón ingenuo, arrojado en brazos del vicio prematuramente...

Y resultó que Gabrielilla sabía más malicias que Celestina; y era más interesada que un usurero; y tenía más fingimientos que una actriz, y más gramática parda que un gitano y más *ingleses* que yo mismo...

José Antonio había alquilado para la joven un bonito hotel situado en las inmediaciones del Hipódromo, allí iba á visitarla todas las tardes, y durante algún tiempo disfrutó tranquilamente de una serena luna de amor. Aquel idilio, sin embargo, no tardó en ser interrumpido por las visitas de varios acreedores que, enterados de la rápida bonanza y encumbriamiento de Gabriela, se apresuraban á reclamar lo suyo.

—Por lo visto—dijo D.—¿tú tenías trampas?

—Sí—repuso la joven llorando—; tengo muchas, estoy deshonrada.. ¡No había querido decirte nada acerca de esto, por no disgustarte!...

—Vaya, pues no te apures—contestó benévolamente José Antonio—; llama á todos tus acreedores, y chancelaremos de una vez.

Y empezaron á llover *ingleses*... Tantos, que entre todos hubiesen podido arrollar á los moros de una vez.

Primero llegó la modista.



La señora primera.—Diga usted, ¿llegaremos pronto á la empinada?
El arriero.—¡Por el camino que vamos me parece que inmediatamente!



La doncella.—¡Qué bonito cuerpo tiene la señoral Comprendo que vuelva locos á los hombres.

La señora.—Mira, Lolita, no me eches flores porque soy muy agradecida.

Luego el zapatero.
Y el dueño de una tienda de ropa blanca.
Y el cobrador de una fábrica de guantes.
Y el amo de un almacén de géneros ultramarinos.
Y dos carboneros.
Y tres planchadoras.
Y un mueblista
Y cuatro ó cinco caseros...

¡A que lo no concluía jamás!... En poco tiempo el enamorado D. pagó, según es público y notorio, cerca de ocho mil pesetas...

—¡Apenas si tenías deudas! —exclamaba José Antonio, cada vez que abonaba un nuevo recibo.

—¡St! —murmuraba la joven bajando los ojos y suspirandó hipócritamente—: ¡tengo muchas! ..

Lo que el anciano no sabía es que su amiga, amén de tener muchas trampas...

tenía un amante. Un amante de cœur, como dicen las francesas.

Una noche del pasado invierno, cuando José Antonio y su amiga se disponían á sentarse á comer, la criada entró en el comedor anunciando la vista de un caballero.

—Dile que pase —repuso D.

Momentos después apareció un joven que luego que hubo saludado respetuosamente presentó al anciano un recibo por valor de mil pesetas, que el firmante declaraba admitir... ¡á cuenta de mayor cantidad!...

José Antonio miró á Gabriela, preguntándola con los ojos lo que aquello significaba. La joven rompió á llorar.

—¡Es mi última trampa! —exclamó cuando los sollozos la permitieron hablar — ¡la última, te lo juro!...

Su dolor parecía tan verdadero, tan intenso, que D. se sintió conmovido.



Mi modelo de jamonas en primer grado, haciéndose la «toilette».



—¡Ya me han metido una peseta falsa! ¡Qué rabia me da que en vez de una moneda buena, me cuelen un pedazo de plomol!

—¿A cuánto asciende el total de la deuda? —preguntó.

—A diez mil pesetas —repuso el joven, inclinándose.

—¿Es usted el interesado?...

—No, señor. Yo soy el cobrador de la casa Gutiérrez y Compañía ..

—Bien; pues traigame usted cinco recibos de a dos mil pesetas, y liquidaremos...

Y agregó dirigiéndose a Gabriela, que continuaba llorando, con el rostro oculto entre las manos:

—No te apures. Afortunadamente, todavía soy rico y, sobre todo, una mujer como tú... ¡bien vale un capital!

Pocas semanas después, Gabriela desapareció en unión de los cuarenta mil reales y del fingido cobrador de la casa de Gutiérrez, y dejando una carta en que llamaba á D. «papa», «inolvidable protector»... y otras lindezas, que, para un amante, son agrias como el mismo zumo de los limones.

El veterano conquistador no quiso proceder judicialmente contra la ingrata francesita, y permaneció varios meses encerrado en su hotel, á solas con su dolor y su vergüenza.

¡Ten tú cuidado para lo sucesivo, caro Enrique Romero, que guardas la «llave» de las alcobas más codiciables de Madrid!

Jacinto CARMIN

TOQUECITOS

Un pollo muy presumido,
con ribetes de cortés,
quiso festejar á Inés
regalándole el oído.

Buscó una frase galante,
y la dijo: —Por mi estrella,
que hoy está usted, Inés bella,
en estado interesantel



Viendo el bendito Mariano
que el comedrón de su esposa
se marchaba tan ufano,
le dijo con voz llorosa:
—¡No deje usted esa cosa
ni un instante de la manol

Luis MORO

COSAS DE CHICOS



Ella (tapándose un ojo nada más).—Mira, no me gastes esas bromitas, que luego de las bromas se va á las veras.

: La inocencia de las mujeres

Se trata de un lancero gurosamente ciego y que parece, sin embargo, el capítulo de una novela picaresca, que podría titularse:

En qué se demuestra que los maridos no deben fiarse mucho de las apariencias, ni las mujeres extremar sus caricias cuando éstas no tienen un fin lícito y honesto.

Ella ha ocurrido hace poco más de ocho días en este gran Madrid.

María B, la adorable vizcondesa de N. (una burguesita enriquecida cuyos títulos nobiliarios tienen, por lo menos, diez años de antigüedad) burlaba al veterano don Braulio, un verdadero barba del sainete matrimonial, con don Teodoro A., un galán joven, que goza fama de ser la peor cabeza del Casino y de La Peña. Se conocieron el verano último en las playas de San Juan de Luz, y supieron conducirse con tanto acierto y reserva, que nadie, ni aún los mismos criados de la joven, pudieron apercibirse del criminal enredo.

¶

La noche del drama Margarita tuvo la osadía de recibir á su amante estando don Braulio en casa, y Teodorito, con la serenidad del hombre avezado á tales trotes, se dispuso á esperar pacientemente á que el marido se marchase, escondido en el cuartito ropero inmediato al dormitorio de los esposos.

Entre tanto Margarita y don Braulio cenaban en el comedor: ella impaciente, po-

seída de una nerviosidad que no podía disimular, pensando continuamente en el otro y en que bien podía ocurrir que á don Braulio se le antojase no salir aquella noche: y él, en cambio, muy sereno, mascujando á dos carrillos; apoplético, bebiendo su vino á pequeños sorbos, con esa calma desesperante que suelen desplegar los importunos en los momentos más críticos. Después del café, don Braulio desvaneció todos los recelos de su esposa, declarando solemnemente que iba á salir.

LO QUE DICE UNA LECTORA NUESTRA



—Yo no digo que leyendo LA HOJA DE PARRA se abra de par en par la puerta del entendimiento, pero por lo menos se le entreabre á una. ¡Qué caray!

María fingió no conceder gran importancia á la noticia, como mujer sumisa para quien son órdenes irrevocables los deseos de su señor y dueño; pero en seguida, queriendo asegurar su tranquilidad disipando cualquier asomo de sospecha que el vizconde pudiese tener acerca de ella, cambió de táctica y corrió á sentarse sobre las rodillas de don Braulio, embobándole con palabras cariñosas y haciéndole mil lagoterías y arrumacos.

—¿Conque te vas, ingrato —decía—, dejándome solita?

—Sí —repuso él, hecho todo babas de puro gusto—; pero prometo venir pronto.

—Eso es lo que dices siempre, para luego volver á las mil y gallo...

Después, contra su costumbre, le acompañó hasta el recibimiento, le ayudó a vestirse el gabán y antes de recibir en los labios el beso de despedida, le hizo jurar que, en efecto, sólo iba a jugar con sus amigos una partida de tresillo.

Don Braulio, procurando desembarazarse pronto de las dulces cadenas, prestó cuantos juramentos le exigieron y echó escaleras abajo; pero en realidad no iba a jugar al tresillo, sino a ver a Paca, una horchatera andaluza, que le tenía robado el seso.

Durante el trayecto el anciano vizconde

ja... ¿Y cuanto al cuerpo?... Mi mujer tiene un seno admirable, no maltratado aún por la maternidad, y unas caderas amplias y suaves que pueden parangonarse sin vergüenza con las de Venus Callepige...

Mientras iba divirtiendo el ánimo con estos recuerdos, su espíritu práctico de antiguo mercader acostumbrado a fijarse en el aspecto económico de los objetos y de las pasiones, reconocía que la horchatera tasaba sus favores a muy alto precio: aquella misma noche había prometido regalarle doscientos pesetas para trapos y alfileres... Mientras la fiel Maruja nunca pedía nada...

De pronto, y como obedeciendo a impulso de un resorte, giró sobre sus talones, exclamando:

—Vaya: resueltamente esta noche se la consagro a mi mujer, y que Frasquita perdone por Dios.

Y echó a andar camino de su casa, pensando con lasciva delectación de adolescente en su dormitorio bien alfombrado y tapizado de azul, tan abrigadito, tan perfumado, con ricos muebles confortables, todo ello envuelto en la suave

claridad de una lámpara suspendida en medio de la habitación y luego recordaba el lecho, profundo y amplio, y a María dormida entre holandas, tan joven, tan codiciable, con el blanco seno perdido entre los encajes de su camisa de seda... ¡Soniendo con él probablemente!...

Momentos después, el delirante idilio imaginativo de don Braulio se trocaba en espantoso drama.

Cuando el vizconde empujó quedamente la puerta de su dormitorio, los dos amantes lanzaron un grito ahogado de terror y se precipitaron fuera del lecho.

Hubo un momento de angustiosa expectación, después del cual los dos hombres se acometieron; mientras ella huía dejando al burlador y bulado detrozándose a



—Nada, chico; reconozco que eres un barbián.

no dejó de pensar en María, tan joven tan bonita, tan cariñosa, echándole los brazos al cuello para despedirle.

—Indubablemente —iba diciendo el viejo galán—, mi pobre-ita mujer vale más que mi querida. Prescindiendo de los caracteres, entre los cuales no hay comparación posible pues aquella es una mala y ésta peor que un cardo borriquero, Maruja, considerada físicamente, también es superior a Paca. Porque, veamos...

Y mientras sus pisadas resonaban rítmicamente en los ámbitos de las calles silenciosas, su imaginación se abismó en prolijas y retorcidas series de comparaciones.

—Los ojos de Paca son más negros y tienen más luz, pero los de María son mayores, más voluptuosos, más dulces. En la boca mi Maruja también obtiene venta-



La cocota (al Amor)—Niño mío, tendrás que enseñarme algo nuevo porque á los hombres ya no les convence mi sabiduría.

puñetazos y á mordiscos en un cuarto cerrado...

Historia lamentable que demuestra cómo las mujeres, cuando quieren engañar, no deben mostrarse ni muy hurañas ni zalame-ras en demasía, y sí mantenerse en un prudente y agrídulce término medio... Amén.

Clemente de CASTRO

Leed en EL LIBRO POPULAR

LA GUAPA DE CABESTREROS

novela completa por
FERNANDO MORA

20 céntimos

Amores y amoríos Hablábase de un mozalbete de dieciocho años, que se había fugado del hogar paterno con una respetable característica.

- ¿Guapa?
- Bonitísima.
- ¿Cuarenta años?
- Póngale usted... cuatro más—replicó uno de los más experimentados contertulios.
- ¡Demonio!
- ¿Y simpática?
- Mucho. Muy simpática y muy discreta.
- Menos mal. ¿Viuda?
- Sí, viuda —agregué yo,— pero una viudita que marea de guapa.
- ¿Rica?
- No. Pobre y con dos hijos...
- Hubo una carcajada general.
- Eso no lo hace nadie, —decía uno.
- Nadie que no tenga lesionado el sentido común—agregaba otro.



La señorita.—¡Con este calor tengo una pereza y unas ganas de estar acostada!...

La doncella.—¡Pues mire usted que quien la escucha!

—Convengamos, no obstante— interrumpí yo, —en que á despecho de los años, es una hermosa mujer, frescota y deseable...

—Sin embargo— exclamó don Claudio —preciso es reconocer que ninguno de los aquí reunidos es capaz de aficionarse á frutas tan maduras.

—Observo que se admiran ustedes de cualquier cosa, aun de lo más natural y baladí— dijo otro de los circunstantes.

Quien así discurría era Pérez, el espiritista.

Admirados de su afirmación, todos le

como procurando retrotraer á la memoria ideas dispersas:

—Prescindiendo de las razones científicas que sirven de base y arrimo á mi teoría, con lo cual me abstengo de provocar discusiones enojosas, expondré mi pensamiento escuetamente, sin allegar argumentos que lo justifiquen y defiendan.

¿Por qué los hombres jóvenes muestran predilección por las mujeres que se hallan en los umbrales de la madurez, y por qué éstas muestran también afición indiscutible á la gente moza?...

Muy sencillo:

En esto hay algo de metempsicosis ó transmigración de las almas. Los hombres y las mujeres que murieron jóvenes, bajaron á la tumba sin satisfacer los amores que en ellos encendiera la belleza de sus contemporáneos; aquellas almas vagaron durante algún tiempo por el espacio, devoradas por un furioso enjambre de pasioncillas y deseos no satisfechos, hasta que Dios, que es todo bondad y conmiseración, las permitió reencarnar, pasando á informar los cuerpos de nuevos muchachos y nuevas niñas... ¿Y qué resultó de

aquí?... Que estos chicos, en cuanto llegaron á mozos, hallaron jamonas á las mujeres á quienes en su primera encarnación conocieron jóvenes, y se enamoraron de ellas obedeciendo á un deseo innato. A ellas les ocurrió algo semejante...

—A esto, según mi humilde criterio, se debe— concluyó diciendo el orador.—el que los mozalbetes se pirren y despepiten por las mujeres ya maduras, y que los gallos viejos tengan tantas simpatías entre las núbiles de quince años...

Fernando AMADO

Pamplona, 8 Julio 1913.

LOS PLACERES DEL CAMPO



Una.—Sabes que ya me cansa que en este pueblo no haya más sitio de recreo que venir á la paja. Por la tarde, á la paja; por la noche, á la paja...

La otra.—Pues, chica, yo no le encuentro gran diferencia con Madrid.

miramos con ojos interrogadores, invítándonle á que hablase.

—Esto obedece— agregó él, —á lo que vulgarmente se llama «ley de los contrastes»: los hombres menudos se enamoran de las mujeres altas, y viceversa, los mozos, de las jamonas; éstas, de los jovencuelos... El capricho, en virtud del cual se buscan y aproximan los individuos de edades más disparejas, obedece á una teoría inventada por mí, y acerca de la que pienso escribir un libro que seguramente llamará la atención de los hombres estudiosos.

Y agregó, tras una breve pausa durante la cual frunció varias veces el entrecejo,

Diálogos galantes

La acción tiene lugar en un saloncillo del palacio de los duques de Berian, cierta noche en que éstos celebran con una espléndida fiesta el XXIV aniversario de su boda.

Sostienen el diálogo: *Jorge de la Laguna*, apuesto y aguerrido capitán de caballería y *Pepita de Molar*, lindísima y aristocrática damisela de diez y siete años.

Jorge (apasionado, tratando de enamorar á la niña).—Los hombres fuertes deben amar á las mujeres delicadas. Para los amores hay que tener en cuenta, también, las inmutables y necesarias leyes de la compensación...

Pepita (sonriente).—Creo lo que usted me dice, querido Laguna, pero...

J. (con viveza).—Pero ¿qué? Usted no desconoce, Josefina, mi carácter resuelto y decidido, y...

P.—No siempre basta el carácter...

J.—No bastará, pero ayuda mucho. Cuantas más dificultades surgen en el camino que pienso seguir, mas se acrecientan mis ánimos y todo lo arrollo, nada me arredra y todo lo venzo...

P. (socarronamente).—¿Todo?

J. (con resolución).—¡Todo!

P.—Ello, no obstante, alguna vez quizá, pueden flaquear las humanas fuerzas...

J. (con extrema firmeza).—¡Nunca!

P.—Los obstáculos, empero, pudieran ser de tal naturaleza que...

J.—Sean de la que fueren no lograrán amilanarme.

P. (con ironía).—¿De veritas?

J.—¡Y tan de veras! Pese á quien pese, usted acabará por ser mía. Celoso guardián de usted; perpetua sombra que ha de seguirla por doquiera...

P. (soltando una carcajada).—¡Adiós, madgyar!

J.—Burlése cuanto le plazca, pero mi historia caballeresca corre de boca en boca. Mis innumerables conquistas las he conseguido por la fuerza de mi voluntad y la destreza de mi brazo.

P. (persistiendo en su sátira).—¿Tenorios á mi? Pues se ha caído usted, amigo Laguna. No ha de faltarme un Luis Mejía que...

J.—Que en cuanto tropiece conmigo tome pasaje para el otro mundo.

P.—O que haga bueno el refrán de nunca segundas partes fueron buenas, y trueque los papeles.

J. (con a'tivez).—Lo veremos... Dígame usted su nombre...

P.—Creo que quien tan caballeroso es no querrá arrancar á viva fuerza el secreto de una dama...

J.—En mis días cometeré semejante vileza, mas, podría usted decirme ¿está mi rival en esta casa?

P. (prosiguiendo el tonillo de burla).—Sí; ¿por qué?

J.—Para tener el gusto de fijarme en él.

P.—¡Oh! Descuide usted, ya le conocerá, porque él no le perderá de vista á usted en toda la noche.

J. (levantándose y con aire altanero).—¡Ah!, pues precisa que tenga cuidado en la manera de mirar, porque me basta que un



—No me cabe duda de que estoy aplastando una seta!

hombre me mire con insistencia para que, acto seguido, me ponga incondicionalmente á su disposición.

P. (*ingenua y mordaz*).—¡Igual que yo, amigo Laguna, igual que yo!

J. OLIVA

COSITAS

Con Pepita se casó don Bernardo, que ahora grita, pues la esposa le dejó ¡y no se halla sin... Pepita!

—¿Conque tu esposa querida ha pasado á mejor vida?— le dijeron á Guillén, y añadió el tuno en seguida, por lo bajo:—Y yo también.

El doctor BOMBARDA

Agentes exclusivos en Sud América

MASSIP Y PAJARES

RIVADAVIA, 1.255.—BUENOS AIRES

Imprenta particular de LA HOJA DE PARRA

CIEN PLAZAS

á Oficiales 5.^{os} de Hacienda

Anunciadas en la «Gaceta», convocatoria en 15 de Mayo y programa en 10 de Junio

APUNTES COMPLETOS

POR D. FRANCISCO ESPINOSA

Oficial en la Subsecretaría del Ministerio de Hacienda

Se publican por cuadernos al precio de 1,50 ptas. cada uno

Resultará la obra más barata en su género.

El comprador de estos APUNTES tiene derecho á consultar gratis al autor, sin envío de sello, cuantas dudas se le ocurran, escribiéndole al Apartado de Correos, 547.

Los pedidos, acompañados de su importe, á EL LIBRO POPULAR.—Madrid. = =